

ADORACIÓN AL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Pange Lingua

Introducción

Este ejercicio del Oratorio Seglar quiere ser un acto de adoración a Cristo, presente en la Eucaristía, ¡realmente presente en la Eucaristía! Tenemos delante a Jesús, el que por nosotros se hizo hombre, el que vivió como un hombre verdadero, el que por nosotros murió y resucitó, el que fue glorificado con esa humanidad que ya es suya para siempre, el que vive siempre para interceder en nuestro favor ante su Padre, el que nos ha llamado a su compañía, al que esperamos ver y abrazar, de cuya gloria de Hijo Único esperamos participar en el cielo.

Él está presente en la Eucaristía y con él está Dios, porque donde está el Hijo, allí está el Padre y allí está el Espíritu Santo.

Adoramos la Eucaristía, adoramos a Cristo. Y así adoramos a Dios, al Dios Uno y Santo, al Dios Trino.

TE DEUM (a dos coros)

A ti, oh Dios, te alabamos,
a ti, Señor, te reconocemos.

A ti, eterno Padre,
te venera toda la creación.

Los ángeles todos,
los cielos y todas las potestades te honran.

Los querubines y serafines
te cantan sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor,
Dios del universo.
Los cielos y la tierra
están llenos de la majestad de tu gloria.

A ti te ensalza
el glorioso coro de los Apóstoles,
la multitud admirable de los Profetas,
el blanco ejército de los mártires.

A ti la Iglesia santa,
extendida por toda la tierra, te proclama:

Padre de inmensa majestad,
Hijo único y verdadero, digno de adoración,
Espíritu Santo, Defensor.

Tú eres el Rey de la gloria, Cristo.
Tú eres el Hijo único del Padre.

Tú, para liberar al hombre,
aceptaste la condición humana
sin desdeñar el seno de la Virgen.

Tú, rotas las cadenas de la muerte,
abriste a los creyentes el reino del cielo.

Tú te sientas a la derecha de Dios
en la gloria del Padre.

Creemos que un día
has de venir como juez.

Te rogamos, pues,
que vengas en ayuda de tus siervos,
a quienes redimiste con tu preciosa sangre.

Haz que en la gloria eterna
nos asociemos a tus santos.

Salva a tu pueblo, Señor,
y bendice tu heredad.

Sé su pastor
y ensálzalo eternamente.

Día tras día te bendecimos
y alabamos tu nombre para siempre,
por eternidad de eternidades.

Dígnate, Señor, en este día
guardarnos del pecado.

Ten piedad de nosotros, Señor,
ten piedad de nosotros.

Que tu misericordia, Señor,
venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti.

En ti, Señor, confié,
no me veré defraudado para siempre.

SILENCIO

Meditación I: EL DIOS SANTO QUE SE HA FIJADO EN EL HOMBRE

Moisés sufrió como nadie la fidelidad al Dios que le habló en la zarza que ardía sin consumirse. Sufrió el desprecio del Faraón y la incredulidad y la queja continua de su pueblo, llevó sobre sus propios hombros el peso de esa incredulidad. Por eso dice la Escritura que Moisés era **el hombre más sufrido del mundo** (Cf. Num 12,3). Pero también eso mismo le granjeó la cercanía a Dios. En un lugar dice el libro de éxodo que **«El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como se habla con un amigo»**. Expresaba así la cercanía que había entre Moisés y Dios. Sin embargo, que hablasen cara a cara era sólo un forma de hablar. Moisés no podía ver a Dios, tal cual Dios es.

En un momento, cuando Dios lo llamó al Monte Santo y estuvo allí en presencia de ese Dios al que amaba, le hizo una petición a Dios: «Déjame ver tu gloria», «déjame verte», «muéstrame tu rostro». Dice así el libro del Éxodo:

Ex 3,18-23

Moisés exclamó: «Muéstrame tu gloria».

Y el Señor respondió: «Yo haré pasar todo mi esplendor ante ti, y ante ti proclamaré mi nombre, «el Señor», porque tengo misericordia de quien quiero y tengo compasión de quien quiero.

Y añadió: «Pero no podrás ver mi rostro, pues ningún ser humano puede verlo y seguir viviendo».

Y continuó: «He ahí un lugar junto a mí; puedes situarte en la grieta de la roca. Cuando pase mi gloria, te colocaré en la hendidura de la roca y te cubriré con mi mano hasta que haya pasado. Luego retiraré mi mano y tú podrás ver mi espalda; pero mi rostro no se puede ver».

Dios es Espíritu y no se puede ver con los ojos de la cara. Además es demasiado grande, demasiado poderoso, su luz es demasiado cegadora para nuestra pobreza. ¿Cómo poder acercarse al que es infinito, al que es eterno, al que es más grande que el universo y al mismo tiempo lo llena todo sin confundirse con nada de lo creado? ¿Cómo poder acercarse al que es luz sin sombra? ¿Cómo poder acercarse al que no se parece en nada a las cosas que vemos y tocamos en esta vida, aunque está todo entero en todas partes?

Dios es demasiado grande para nosotros. Y sin embargo, como Moisés, nuestro corazón clama por verlo. A veces no entendemos por qué todo nos defrauda, por qué todo se nos queda pequeño, por qué todo amor y toda amistad no llegan hasta el fondo del alma. Es sencillo, nuestro corazón está hecho para Dios, ninguna criatura pueda saciar su hambre. El hecho de que nuestro corazón anhele algo que el mundo entero no puede darnos es signo de que Dios, solo Dios, es nuestro hogar. ¡Pero es tan grande! ¡Y nosotros tan pequeños!

Podemos pensar o imaginar todo lo que se nos ocurra sobre la grandeza, la majestad, el poder, la belleza, el amor, la misericordia, la justicia, la bondad de Dios. Imaginadlo todo. Todo lo grande que podáis. Pues siempre será poco, pequeño y pobre comparado con el Dios verdadero. Diez es siempre mayor. ¡Y hay tanta diferencia entre nuestra pequeñez y su grandeza! ¡Hay tanta diferencia entre nuestro pecado y su santidad!

En otra ocasión, el profeta Isaías tuvo una visión de Dios en el templo:

Is 6,1-7

El año de la muerte del rey Ozías vi al Señor sentado en un trono excelso y elevado. El vuelo de su manto llenaba el Templo. Unos serafines se

mantenían por encima de Él. Cada uno tenía seis alas: con dos se cubrían el rostro, con dos se cubrían los pies, y con dos volaban. Clamaban entre sí diciendo: « ¡Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos! ¡Llena está toda la tierra de su gloria! ».

Retemblaron los soportes de los dinteles por el estruendo del clamor, mientras el Templo se llenaba de humo.

Entonces me dije: «¡Ay de mí, estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, que habito en medio de un pueblo de labios impuros, y mis ojos han visto al Rey, al Señor de los ejércitos!».

Sí. Dios es grande y nosotros somos pequeños. Pero Dios se ha fijado en nosotros y nos ha amado. ¡Cosa realmente asombrosa!

CANTO – Salmo 8: ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?

SILENCIO

MEDITACIÓN II: EL DIOS QUE NO CABE EN EL UNIVERSO, EL MÁS GRANDE SE HA HECHO EL MÁS PEQUEÑO. (6')

El salmo que hemos cantado antes expresa la sorpresa de que Dios, el Dios infinito y eterno, se haya fijado en el hombre, tenga cuidado del hombre, le importe el hombre y le ame.

Expresaba la experiencia de los judíos. Ellos eran un pueblo pequeño y Dios se había fijado en ellos y los había cuidado.

Pero el salmo expresa, sobre todo, lo que ha venido después, después del cuidado que había tenido con Israel. ¿Que ha venido después? Que no le ha bastado ocuparse del hombre desde el cielo, sino que ha entrando en nuestra vida como hombre. Sorprendente Dios ha cuidado del hombre, no a distancia, sino haciéndose hombre. Y por eso nos preguntamos: ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él? ¿Quién soy yo para que me mires? ¿Quién soy yo para ser amado por tí? ¿Quién somos nosotros para merecer la visita de Dios? ¿Quiénes somos para que Dios quiera morir por nosotros?

Quiero leer unas palabras de san Efrén que expresan este sorprendente hacerse Dios pequeño por nosotros:

San Efrén:

Para no espantar con su magnitud a los que le vieran,
se replegó a sí mismo, del Todo, a la tierra de los hebreos,
y de toda ella, a Judá, y de ella, a Belén,
hasta llenar tan solo el pequeño seno de María.
Y como si fuera una diminuta semilla en nuestro jardín,
y un pequeño rayo de luz en nuestra pupila,
se ha manifestado, se ha extendido y ha llenado el mundo.

El grande se ha hecho pequeño, el que no podía ser visto se ha hecho visible, el que no podía ser tocado, se ha hecho tangible. En él el Todopoderoso, el que Moisés no pudo ver, ante cuya visión Isaías creía morir, se ha hecho visible. Apareció en el mundo: como un niño, visible a María, visible a los apóstoles, visible a nosotros. Dice san Juan: **«A Dios nadie lo ha visto jamás; el Dios Unigénito, el que está en el seno del Padre, él mismo lo dio a conocer»** (Jn 1,18). Y el Jesús dirá a Felipe: **«Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre»** (Jn 14, 9).

Moisés no lo podía verlo, a pesar de ser el hombre más sufrido del mundo, y a pesar de que Dios le trataba como a un amigo. Isaías creía morir al ver en visión la gloria y la santidad de Dios. ¡Y resulta que este Dios aparece, sin más, ante nosotros hecho hombre en la persona de su Hijo!

Cristo es Dios. El mismo Dios que los cielos no pueden contener.

Cristo es Dios. El Dios tres veces santo, a quién el hombre no podía acercarse

Cristo es Dios. El mismo Dios quién el hombre no podía ver ni tocar.

Cristo es Dios. El mismo Dios que cuidaba del hombre desde el cielo, pero que ahora ha querido compartir su vida.

Cristo es Dios, que ha querido llevar el peso de nuestros pecados.

Cristo es Dios, que ha querido sufrir y descender al infierno en lugar nuestro.

Cristo es Dios que ha resucitado para darnos vida.

San Efrén (a dos coros):

¡Gloria al Oculto, cuyo Hijo se ha hecho visible!

¡Gloria al viviente, cuyo Hijo se ha hecho mortal!

¡Gloria al Grande, cuyo Hijo ha descendido a hacerse pequeño!

La naturaleza que jamás nadie ha tocado,

tuvo sus manos apresadas y sus pies clavados en la cruz.

Él mismo, por propia voluntad, tomó un cuerpo para que lo prendieran.

¡Gloria al Justo, a quien crucificaron los hijos de la iniquidad!

¡Gloria al que se dio en rescate y saldó nuestra deuda!

¡Gloria al Limpio, que no ha tenido en cuenta nuestras manchas!

¡Gracias al que fue golpeado y nos dio la Vida con su heridas!

¡Gracias al que, con su morir, mató a la muerte!

¡Gracias al que guardó silencio y nos declaró justos!

Canto: Cristo, ¡maravilloso eres tú!

SILENCIO

MEDITACIÓN III: ADORACIÓN

Ahora: todo lo que llevamos dicho sobre Cristo —en el que se ha hecho presente el Dios que no cabía en el cielo, que ha llevado nuestras cargas y ha muerto y ha resucitado—, ¿es algo del pasado? ¿es algo lejano?

No, es presente y está aquí. Es presente en el sacramento de la Eucaristía. La Eucaristía, el pan y el vino consagrados, nos hacen presente a Cristo tal como vivió en Galilea y tal como resucitado vive en el cielo. Aquí tenemos al Dios que no podíamos tocar y ahora podemos comer. Aquí tenemos, delante de nosotros al Dios que nadie podía ver y que ahora contemplamos. Aquí tenemos delante de nosotros, al que nació como hombre, al que murió, porque la eucaristía es actualización de su cruz. Tenemos delante al que resucitó y vive, que vive con su cuerpo y con su corazón, con su voluntad humana. Está aquí, ante nosotros. Realmente presente.

Es ahora cuando entendemos la ADORACIÓN. **«HEMOS VENIDO A ADORARLO»** (Mt 2,2), dijeron los Magos en Jerusalén. Ellos apenas conocían a Aquel a quien iban a adorar. Nosotros sí. Sabemos quién es: el Hijo de Dios y Dios verdadero. Y sabemos lo que ya he hecho por nosotros. Y venimos a adorarlo. Lo que Moisés no podía hacer, lo podemos hacer nosotros: contemplarlo y adorarlo.

Los Magos lo buscaron, primero lo buscaron y luego lo adoraron. Nosotros estamos aquí delante de él y quizá no lo hayamos buscado. Debemos buscarlo con el corazón para adorarlo. Solo si lo buscamos con el corazón, podremos reconocerlo y adorarlo. Podemos buscarlo con el hambre de nuestro corazón. El hambre de un amor verdadero y perfecto es la guía de esta búsqueda, también ahora que estamos ante Él. **«El hambre verdadero se acalla únicamente con el alimento que corresponde a la naturaleza del hombre»**, dijo san Bernardo. Nosotros tenemos hambre insaciable de un amor que no muera y que de sostén eternamente a todo amor verdadero de este mundo, que nos asegure que no se pierda el amor de nuestro esposo, de nuestros amigos o de nuestros hijos. Este hambre es la guía que nos lleva a Cristo, el único pan verdadero. **«Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo —dice Jesús—. Si alguno come de este pan vivirá eternamente. Y el pan que lo le daré es mi carne para la vida del mundo»** (Jn 6,51).

Cristo ha querido no sólo morir por nosotros llevando a plenitud su amor por nosotros, sino que ha querido que este acto de amor esté presente ante nosotros. Esto es la Eucaristía. Y no ha querido solo que esté presente, sino que podamos acercarnos a él y comer de él, para entrar en la comunión de su amor. Comemos este pan y nos unimos a él y nos transformamos poco a poco en él; nos transformamos en su Cuerpo, así nos hacemos también nosotros una sola cosa, así nos hacemos Iglesia. Pero no solo lo comulgamos, sino que lo adoramos. Decía Benedicto XVI: **«La adoración llega a ser “unión”. Dios no solamente está frente a nosotros, como el totalmente Otro. Está dentro de nosotros, y nosotros estamos en él»**.

Corremos el peligro de acercarnos a comulgar sin percatarnos qué comemos. La Adoración hace que nuestro espíritu penetre en la presencia de Aquel que está ante nosotros y que, al tiempo, nos habita y nos transforma.

La adoración es una especie de búsqueda ininterrumpida. Imaginad a los Magos. Cuando llegaron a Jerusalén dijeron: hemos visto salir la estrella del Rey de Israel y hemos venido a adorarlo. Pero luego, cuando llegaron a Belén, ¿qué encontraron? No encontraron un Rey como seguramente imaginaron, sino algo muy distinto. Y entonces, allí mismo ante el Rey, sin moverse, tuvieron que emprender un viaje, no exterior, como el que habían

llevado hasta entonces, sino un viaje interior. El rey que tenían delante era muy distinto al que esperaban. Tuvieron que cambiar su idea de poder, su idea de gloria, su idea de Dios. También nosotros hemos venido a adorarlo y estamos ante él, pero hemos de empezar un viaje interior, una búsqueda interior que nos permita una verdadera adoración.

«Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron» (Mt 2, 11). Queridos amigos, esta no es una historia lejana, de hace mucho tiempo. Es una presencia. Aquí, en la Hostia consagrada, él está ante nosotros y entre nosotros. Como entonces, se oculta misteriosamente en un santo silencio y, como entonces, desvela precisamente así el verdadero rostro de Dios.

Por nosotros se ha hecho grano de trigo que cae en tierra y muere y da fruto hasta el fin del mundo (cf. Jn 12, 24). Está presente, como entonces en Belén. Y nos invita a la peregrinación interior que se llama adoración. [...] Pidámosle a él que nos guíe».

Adoremos a Cristo presente en la Eucaristía. Hagamos esta peregrinación interior. Benedicto XVI enseñaba que esta peregrinación interior ante Cristo tiene como dos pasos. Tomaba pie de la palabra griega y de la palabra latina que se usan para expresar la realidad de la adoración. Decía:

La palabra griega [de adoración] es *proskynesis*. Significa el gesto de sumisión, el reconocimiento de Dios como nuestra verdadera medida, cuya norma aceptamos seguir. Significa que la libertad no quiere decir gozar de la vida, considerarse absolutamente autónomo, sino orientarse según la medida de la verdad y del bien, para llegar a ser, de esta manera, nosotros mismos, verdaderos y buenos. Este gesto es necesario, aun cuando nuestra ansia de libertad se resiste, en un primer momento, a esta perspectiva. [Este es como el primer paso de la adoración]

[Es necesario este someternos a Aquel que nos ama. Pero este someternos a aquel que nos ama, a Cristo, nos permite un segundo paso, el que se expresa en la palabra latina de adoración]. La palabra latina para adoración es *ad-oratio*, contacto boca a boca, beso, abrazo y, por tanto, en resumen, amor. La sumisión se hace unión, porque aquel al cual nos sometemos es Amor. Así la sumisión adquiere sentido, porque no nos impone cosas extrañas, sino que nos libera desde lo más íntimo de nuestro ser.

En otro lugar, en la Catedral de Sydney, decía también el **Papa Benedicto XVI ante el Santísimo Sacramento:**

Los cristianos solo nos arrodillamos ante Dios, ante el Santísimo Sacramento, porque sabemos y creemos que en Él está presente el único Dios verdadero, que ha creado el mundo y lo ha amado hasta el punto de entregar a su Hijo único (cf. Jn 3,16).

Nos postramos ante Dios, que primero se ha inclinado hacia el hombre, como buen Samaritano, para socorrerlo y devolverle la vida, y se ha arrodillado ante nosotros para lavar nuestros pies sucios. Adorar el Cuerpo de Cristo quiere decir creer que allí, en ese pedazo de pan, se encuentra realmente Cristo, el cual da verdaderamente sentido a la vida, al universo

inmenso y a la criatura más pequeña, a toda la historia humana y a la existencia más breve.

La adoración es oración que prolonga la celebración y la comunión eucarística; en ella el alma sigue alimentándose: se alimenta de amor, de verdad, de paz; se alimenta de esperanza, pues Aquel ante el cual nos postramos no nos juzga, no nos aplasta, sino que nos libera y nos transforma.

Adoremos, pues, a Cristo, no sólo ahora, sino siempre, con toda nuestra vida.

Canto: Oh luz gozosa

SILENCIO

BENDICIÓN

Y RESERVA como de costumbre